

Presentación



No es azarosa ni gratuita la elección de la portada que hemos hecho para el número 483 de ATENEA. El cuadro de Magritte que lleva por título “Le blanc seing” expresa plásticamente esa perturbación de la figura, que es, al mismo tiempo, la desconcertación de la mirada, que marca la signatura de nuestra época de final y comienzo del siglo.

De un modo u otro el tiempo perturbado en que vivimos ejerce su imperio sobre los ensayos recogidos en este primer número del siglo XXI. El cuadro de Magritte en inglés se llama “Blank signature”. Blank: lo cancelado, lo borrado, el espacio en blanco. Cuántos sueños, utopías, ideologías, relatos fueron cancelados en el siglo XX para dejar en su lugar espacios en blanco, borraduras que se han ido llenando con lo que podríamos llamar “microrrelatos” que envían directamente a una microfísica del poder y del saber.

Ejemplar en este punto es el ensayo de Gilberto Triviños y María Nieves Alonso. Los microrrelatos de la historia colonial que los autores recogen —la historia de Galvarino, la historia de la cautiva española que no quiso volver de entre los indios y la historia de Barrientos el “aindiado” o el indio blanco—, desbaratan la gran historia de la conquista que ignora las mutaciones étnicas. La microhistoria cancela, borra las formas arquetípicas del relato épico con que la tradición historiográfica ha enfocado en este caso la disputa de Valladolid sobre la verdadera naturaleza del indio y el carácter justo o injusto de la guerra de conquista.

Triviños y Alonso citan, para explicar la perturbación de la guerra como hazaña memorable, un libro de Pablo Oyarzún sobre Diógenes, en que se muestra cómo un pedrusco, una arenilla puede introducirse en los engranajes de los grandes relatos teóricos para hacerlos trizas, para despedazarlos en pequeños trozos —microrrelatos— que, al fin, son los únicos que valen.

Esta arenilla en el zapato que desvía, que perturba, que desconcierta los pasos, está presente como una “blank signature” en los diversos artículos del número que aquí presentamos.



Jorge Edwards escribe sobre la invención del narrador como un artificio narrativo previo a toda ficción, y lo examina en el gran novelista Machado de Assis que fue capaz en pleno siglo XIX de inventar un narrador lúcido, bromista, irónico, pasando por encima del "orden del discurso" de su época. Perturbación de la censura de los discursos narrativos hispanoamericanos para abrirse a la libertad desconcertante para la época de un discurso ficticio transgresor, como el de su novela *Quincas Borba*, en la que la mirada alucinada del protagonista deviene en una mirada de perro que preside todos los acontecimientos. La arenilla perruna puesta en la gran invención del narrador efectuada por Cervantes y continuada en Stern y Sthendal.

La misma microfísica de la historia recorre el ensayo de Juan Durán Luzio sobre la España de Goya vista por un criollo mexicano, Servando Teresa de Mier. Enviado a España para purgar sus faltas —sostenía, entre otras irreverencias, que la Virgen María había sido adorada en México mucho antes de la llegada de los españoles, bajo el nombre de Tonantzin—, experimenta en carne propia la diferencia entre ser español de la Península o de América. Extranjero en su propia tierra, se inscribe en esa visión desilusionada de la monarquía y de la vida en Palacio que pintó Goya. Volvemos a encontrar el desencanto dentro de las grandes representaciones monárquicas, la arenilla que atasca los macrorrelatos.

El artículo de Jorge Rojas escenifica la misma situación. El análogo destierro del supuesto "hereje" que debe purgar en el exilio la irreverencia de querer cambiar el orden social, sólo que ahora estamos en el siglo XX. Pero hay un añadido complejísimo, el de la vuelta a un país que se ha transformado en una "blank signature". El Chile añorado y llorado en el destierro ya no existe. Esa patria pre once de septiembre ha sido borrada, cancelada. Ya no está esa figura, mejor dicho existe, pero perturbada, desconcertada por el autoritarismo que golpeó el '73 y cuyos remanentes no quieren abandonar el país. El retornado enfrenta la situación del extranjero en su propio país.

Los artículos del chileno Grñor Rojo y del cubano Luis Toledo muestran cómo funciona la arenilla, el pedrusco en el orden del discurso, revelando que es allí, en última instancia o en primera, donde se juega todo: la perturbación, la borratura que significa "le blanc-seing". Rojo lo expresa a propósito de los nombres de América, desde la institucionalización del error del porfiado almi-

rante que nunca dejó de hablar de "las Indias", hasta los modernos Latinoamérica, Hispanoamérica, Iberoamérica, Indoamérica. Naturalmente, antes ha examinado el caso del que nos llevó a la piedra bautismal, Américo Vespucio, aunque en realidad el verdadero bautizante fue el industrioso humanista de St. Dié de Lorraine, Waltzemüller, que en 1507 propuso el nombre pensando nada más que en la América del Sur. Queda inteligentemente claro por parte del ensayista que detrás de cada nombre propuesto funcionan imaginarios precisos, como el correspondiente al patriotismo dieciochesco, o ideologías imperiales, como la francesa que anima el apelativo latinoamericanista o la estadounidense, a cuya injerencia se escapan pocos de los nombres.

Los relatos mitificadores del vocablo América se atascan en esta microfísica histórica: no fue el gran Vespucio, fue el oscuro Waltzemüller. Pero, radicalmente el valor de volver a hablar de América es, en esta época de la mundialización del capital, una manera de volver a pensar los vínculos que necesariamente unen a las gentes que pueblan esta orilla del mundo y la diferencian de otras orillas o centros (si fuéramos eurocentristas). Introducir, por lo tanto, el pedrusco en la globalización.

Lo mismo hace Luis Toledo Sande, importante intelectual cubano, que desde una perspectiva crítica, rupturista del canon lingüístico, examina, siguiendo la huella del gran Martí, una serie de vocablos que, presentándose aparentemente neutrales, contienen toda una carga de dominación imperialista. Ella impone su manera de nombrar las cosas a nosotros los pueblos marginales, dependientes o en vías de desarrollo. Un solo ejemplo muy notable que proporciona el autor: en las representaciones cartográficas se le ha reservado al norte la posición preeminente: estar arriba. Tal vez porque desde este punto geográfico privilegiado salieron las expediciones o invasiones imperiales a las que se les atribuye el descubrimiento de las partes desconocidas del planeta. Diríamos nosotros que el sinónimo de mundialización es "nortificación".

Añade Toledo que norte, sur, occidente y oriente son básicamente términos socioeconómicos. Así los del sur terminamos por ser los de abajo, o la "periferia", y los del norte, lógicamente "el centro". Y aquí viene la "piedra en el zapato", en el zapato imperialista, que coloca Toledo: no se trata de palabras neutras, se trata de estrategias conceptuales que esgrimen los poderosos para convencernos que ese orden —los de arriba y los de abajo— corresponde al orden natural y lógico de las cosas. Aunque sabemos que no es así, hay que ser francos para denunciarlo y creativos, especialmente en el lenguaje. Y, a propósito, si el italiano fue la lengua de la ópera y el francés de la diplomacia, el inglés se ha transformado en la lingua franca del mercado. Es algo inevitable, pero, ¿por qué seguir utilizando pasivamente vocablos anglosajones que tienen su equivalencia en nuestra vieja lengua castellana? Es necesario saber resistir a esa

mundialización de un solo idioma, perturbando, desconcertando mediante una cancelación de la naturaleza imperial del signo, la figura omnipotente de la globalización.

Tan interesante como ésta es la tesis de Manuel Antonio Baeza, sociólogo de la Universidad de Concepción, a propósito de una relectura de *En torno a Galileo*, de Ortega y Gasset. La rapidez de la revolución tecnológica ha complejizado de tal modo la sociedad y el universo de las personas que ha terminado por envejecer los saberes históricos de forma tan acelerada que estamos asistiendo a un "parricidio de la memoria colectiva". Los íconos, los paradigmas, las (des)socializaciones del arte y de ciertas dimensiones básicas de la vida que afectaron los saberes históricos de la modernidad han perdido todo su prestigio y resonancia colectiva. Releer a Ortega, propone Baeza, significa rehumanizar la sociología envuelta en el vértigo parricida. Ortega deviene la arenilla que desconcierta el engranaje tecnológico.

María Nieves Alonso, académica de la Universidad de Concepción, al escribir con finura y gracia sobre Roser Bru, nos proporciona un término clave para expresar mejor lo que venimos diciendo en esta presentación. Dice la ensayista, muy poéticamente, que la pintura de Roser Bru es umbral y llave, genealógica, celebradora, personal y pública y que escenifica su múltiple filiación en una forma de ser, "yo es otro", y en una forma de estar: el entre.

Este es el término que nos interesa, ya que se refiere a un espacio que media entre todas las oposiciones canónicas: el yo y el tú, la vida y la muerte, lo sagrado y lo profano, la partida y la llegada. No se trata de una medianía equilibrada y moderada, sino de un espacio que no se deja atrapar en el imperialismo del signo, en sus bloques canónicos de significante y significado. En una sola frase límpida, María Nieves Alonso sintetiza lo anterior: la pintura, los dibujos, las fotos de Roser Bru no fabrican ser, mantienen las cosas en el ser. "El entre" es lo que designa y acoge mejor la idea de la arenilla que estropea los mecanismos que fabrican las grandes identidades y los relatos monotemáticos, que quieren terminar con la perturbación que produce "Le blanc seing".

Invitamos al lector de ATENEA a un juego: aplicar en su lectura de los artículos de Bruno Günther, tan admirablemente lúcido y de Cristián Santibáñez sobre la televisión, las claves proporcionadas por esta pequeña máquina de interpretación que hemos tratado de armar, la que también funciona en la completísima entrevista de Marcelo Coddou a Isabel Allende.

Lo mismo vale para el resto de los artículos y notas. En relación a estas últimas, la rigurosa propuesta del crítico y ensayista venezolano Miguel Gomes sobre la supuesta inexistencia de la teoría hispanoamericana de la literatura, aclara una negación sorprendente que efectúan los especialistas latinoamericanos de su propio quehacer. El análisis del pensamiento del peruano Alberto

Escobar le permite cancelar, perturbar esta gran farsa que se ha catalogado como la "derridada" y la "lacan" (aludiendo así al seguimiento servil de las teorías de los franceses Derrida y Lacan).

Por último, tal vez sea el artículo del profesor español Antonio Angel Usábel el más inquietante en esta línea que se sumerge en la historia no oficial que perturba los relatos canónicos. Al analizar un texto, muy poco conocido, Gilles de Raiz de Vicente Huidobro, Usábel nos precipita en un reino prohibido y maldito. Gilles, como personaje histórico, mítico (el Barba Azul) y ficticio, reina por encima de la idea de Dios, más allá del Bien y del Mal. Es el reino del Marqués de Sade que legitima el crimen, al mal como eje de la naturaleza que propende a la destrucción. Así, el hombre sin virtud, sin moral, sin cruz, es el ser prístino, el hijo concebido originariamente por la naturaleza. "Blank signature" deviene aquí dimensión demoníaca, la última y la más terrible de las perturbaciones.

Mientras este número estaba en prensa ha ocurrido el estremecedor atentado terrorista en Nueva York que ha borrado un símbolo gemelo del mundo occidental. Dos aviones de pasajeros transformados en misiles han cancelado gran parte de la historia contemporánea, instalando en su lugar una análoga signatura demoníaca a la ficcionalizada en Gilles de Raiz. ¿Qué perturbación más terrible puede existir que la legitimación religiosa del crimen?

MARIO RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ
DIRECTOR